SABATO Y LA LIBERTAD SOCIOLOGICA E HISTORICA

En un estudio precedente analicé la primera parte del trabajo «Sábato y la libertad: El destino psicológico y biológico a través del *Informe* sobre ciegos» (1).

A juzgar por el resultado del análisis Sábato se muestra pesimista en relación con el problema de la libertad humana ante las «disposiciones» o «fatalidad somática» del hombre (2). El «mensaje» es absolutamente negativo; se niega al ser humano, en virtud de un determinismo biológico y psicológico, la posibilidad de adoptar una actitud, libre, ante sus «disposiciones». La tesis a la que llega Fernando (protagonista del *Informe)* viene a ser la total sumisión de la conducta humana a los imperativos de los instintos, tesis consecuente con el movimiento surrealista que, como dijimos, lo influye muy directamente. Según Sábato este movimiento propugnó «una nueva moral, una moral básica, lo que queda cuando se arrancan todas las caretas impuestas por una sociedad temerosa de los instintos profundos del ser humano: una moral de los instintos y del sueño» (3).

Expuesta sin paliativos, aun dentro de la simbología, la conclusión sobrecogió al propio autor, quien manifestó que al concluirlo temió morir antes de dar fin a la novela y legar a la posteridad como suya la negativa visión del hombre que presenta el *Informe* (4).

Sábato pretende en sobre *Héroes y tumbas* mostrar una realidad en toda su extensión y profundidad, «incluyendo no sólo la parte diurna de la existencia, sino también la parte nocturna y tenebrosa» (5), en su afán continuado de reivindicar como elementos esenciales del ser humano lo irracional, lo instintivo; de valorarlo como complemento imprescindible de lo racional. El *Informe* constituye precisamente la narración de la gran pesadilla de Fernando y expresa simbólicamente lo más importante de su existencia: la «investigación» de su subcons-

(1) «Anales de Literatura Hispanoamericana, VIII edición de la Universidad Complutense», Madrid, 1980.

(2) V. E. Frank: *Psicoanálisis y existencialismo,* Méjico F. C. E., 5.ª reimpresión, 1970.

(3) Sábato, Ernesto: *Hombres y engranajes,* p. 111.

(4) Sábato, Ernesto: *El escritor y sus fantasmas,* p. 23.

(5) *Ibidem,* p. 19.

ciente. Pero al no ser un científico y desconocer el medio en el que opera, ni llevar fines concretos, antes de terminar su «investigación» que «acaba donde debería haber empezado», es decir, en el momento en que encuentra el origen del mal, de su mal, antes de que él pueda estudiarlo y dominarlo, éste lo destruye.

El *Informe* constituye, como es sabido, la tercera parte de la novela. En la cuarta Sábato construye «algo así como una absurda metafísica de la esperanza» (6). Efectivamente, de su discurso parece concluirse la metafísica salvación de Martín. Sin embargo, obsérvese que el propio autor ha calificado de absurda esta esperanza, porque, como veremos, Sábato considera destructiva la situación histórico-social de su país —concretando en él la visión que tiene del mundo occidental— y la única opción que ve posible para una hipotética solución radica en la huida. Huida física como la de Martín o huida psicológica como la de Castel en su primera novela, quien refugiado en su locura y ante la doble soledad ontológica existencial y física del calabozo, sigue pintando como la única y auténtica razón de su existencia, o también la huida total y definitiva a través de la muerte como la de Fernando, Alejandra y el propio Sábato en *Abaddón, el exterminador.*

Pero la huida de Martín está también condicionada a unas circunstancias. Tampoco ha sido motivada, como nos lo va a demostrar el destino histórico, por el solo acto de su voluntad, o como consecuencia de su actitud individual; se debe sobre todo a que parte de la estructuración de la novela descansa sobre un principio heideggeriano: la supervivencia de los valores a la muerte del individuo. Según este principio «la existencia individual auténtica puede realizarse en la acción histórica, no gracias a la realidad de un sujeto colectivo transindividual, sino por la repetición (auténtica y no mecánica) de la actitud y del comportamiento de las grandes figuras del pasado nacional» (7).

Esta posición resulta de la conciliación entre la importancia social de la muerte para toda conciencia individual —la realidad absoluta de la muerte como límite y la ausencia de toda realidad transindividual hacen imposible toda vida auténtica en el mundo, no consistiendo, por tanto, la autenticidad más que en la conciencia clara de ese límite y la grandeza de una renuncia querida y radical— y la supervivencia del valor de los proyectos y de las acciones individuales, más allá de la desaparición del individuo (8).

---

(6) *Ibídem,* p. 17.

(7) Lucien Goldmann: *Para una sociología de la novela,* Madrid, Ed. Ciencia Nueva, 1967, página 59.

(8) Heidegger desarrolla esta postura conciliadora en *Seiz und zeit.* Tomado del estudio de Goldmann.

Sábato ha ejemplificado dicho principio en su novela *Sobre héroes y tumbas* de una manera bastante compleja, pero totalmente eficaz una vez manifiesta.

Veamos su desarrollo. El destino se muestra según V. E. Frank (9) principalmente en tres formas, una de las cuales, como su «situación», como la totalidad de las circunstancias de cada hombre en cada momento; la «situación» representa, pues, su destino sociológico e histórico.

La «situación» del habitante bonaerense —ciudad donde se desarrolla la ficción— en el tiempo de la narración es para Sábato, como ya hemos adelantado, totalmente negativa y en conjunto opera sobre sus miembros de forma determinante en el sentido al que se refiere el loco Barragán, lo que hace necesario, en opinión de éste, un castigo ejemplar y un alma pura para que los redima. Decadencia, perversión, inescrupulosidad, ineficacia, evasión, alienación por múltiples causas, frustración, desengaño, prostitución, ignorancia, locura, etc., son los denominadores comunes de la sociedad que presenta Sábato en sobre *Héroes y tumbas.* La situación política —primer mandato peronista— del tiempo narrado es igualmente presentada como esencialmente negativa. Dice Sábato: «las gentes, divididas en dos bandos irreconciliables —peronistas y no peronistas—, estaban recelosos unos de otros, como si los corazones no latiesen al mismo tiempo. Hábía dos naciones en el mismo país, y esas dos naciones eran mortales enemigas, se observaban torvamente, estaban resentidas entre sí» (S. H. pp. 361 y 362). Martín compara a Alejandra con su patria en estos términos: «era un territorio oscuro y tumultuoso, sacudido por terremotos, barrido por huracanes...» «en aquella muchacha descendiente de unitarios y sin embargo partidaria de los federales, en aquella contradictoria y viviente conclusión de la historia argentina, parecía sintetizarse... todo lo que había de caótico y de encontrado, de endemoniado y desgarrado, de equívoco y opaco» (S. H. p. 362).

Si la acción principal se desarrolla en Buenos Aires otro exponente del afán totalizador de la novela estriba en que las referencias geográficas e históricas que se van sucediendo consiguen dar un amplio cuadro de la totalidad de Argentina. Al norte del país encontramos la quebrada por la que huyen los restos de la legión de Lavalle, y al sur la Patagonia a la que huye Martín en busca de la soledad salvadora. Desde el punto de vista histórico se nos ofrece también un vasto panorama de la historia social del país sirviéndose de las dos ramas de la familia de Alejandra, desde Hernandarias (p. 275), colonizador español y antepasado de los Acevedo, hasta los últimos emigrados del presen-

(9) V. E. Frank: *Ob. cit.*

te de la narración. Desde los militares y políticos de tiempos menos pretéritos (poema p. 275) de la misma rama familiar, a los primeros emigrantes extranjeros que llegaron al país en los siglos XVIII y XIX, quienes se adueñaron de grandes latifundios y constituyeron durante mucho tiempo las grandes y poderosas familias de la oligarquía criolla, que también emparentarán con Alejandra a través del apellido Olmos.

Según Sábato, las virtudes de estas antiguas familias eran numerosas (pp. 243-245). Ahora sin embargo, sólo los maltrechos restos de la familia de Alejandra que viven en Barracas, conservan aquellos valores gracias a que han perdido todo contacto con la realidad presente.

Vemos, pues, que la realidad del presente de la narración se muestra degradada desde todos los ángulos. Sábato hace huir a Martín, un joven de diecisiete años todavía puro, o «incontaminado», como único medio posible para salvarle del influjo negativo del medio social en que se encuentra. Niega, por lo tanto, la posibilidad de construir libremente el propio destino dentro de la sociedad. El argentino del hoy de la narración se encuentra, según Sábato, totalmente determinado por el ambiente político-social. Sólo en la Patagonia, incontaminada y solitaria, podía Martín conservar su pureza e identidad.

Hasta aquí la crítica, de una u otra forma, ha observado estos conceptos, pero, que yo sepa, no se ha llevado el pensamiento de Sábato hasta el final, desconectando de esta forma unos de otros los episodios de la novela. En el presente del narrador, Perón ha sido derrocado (1955), y no ha ocurrido todavía su segunda vuelta al poder (10). Martín ha regresado de nuevo a Buenos Aires y los sucesos se narran desde la perspectiva de esos años de intervalo entre los dos mandatos peronistas. La vuelta de Martín es totalmente significativa ya que por lo que veremos a continuación y a pesar de lo que Sábato explícitamente manifiesta en sus ensayos, acusando a la crisis de la civilización occidental como causante del estado de la situación, lo cierto es que en la novela subyace el hecho de que el momento peronista fue causa inmediata y determinante de los acontecimientos, y que al desaparecer ese factor Martín pudo volver y con él la esperanza para el país. (Después totalmente frustrada por desgracia.)

Volviendo a los hechos concretos de la novela la solución de Martín pudo ser factible gracias principalmente a dos factores:

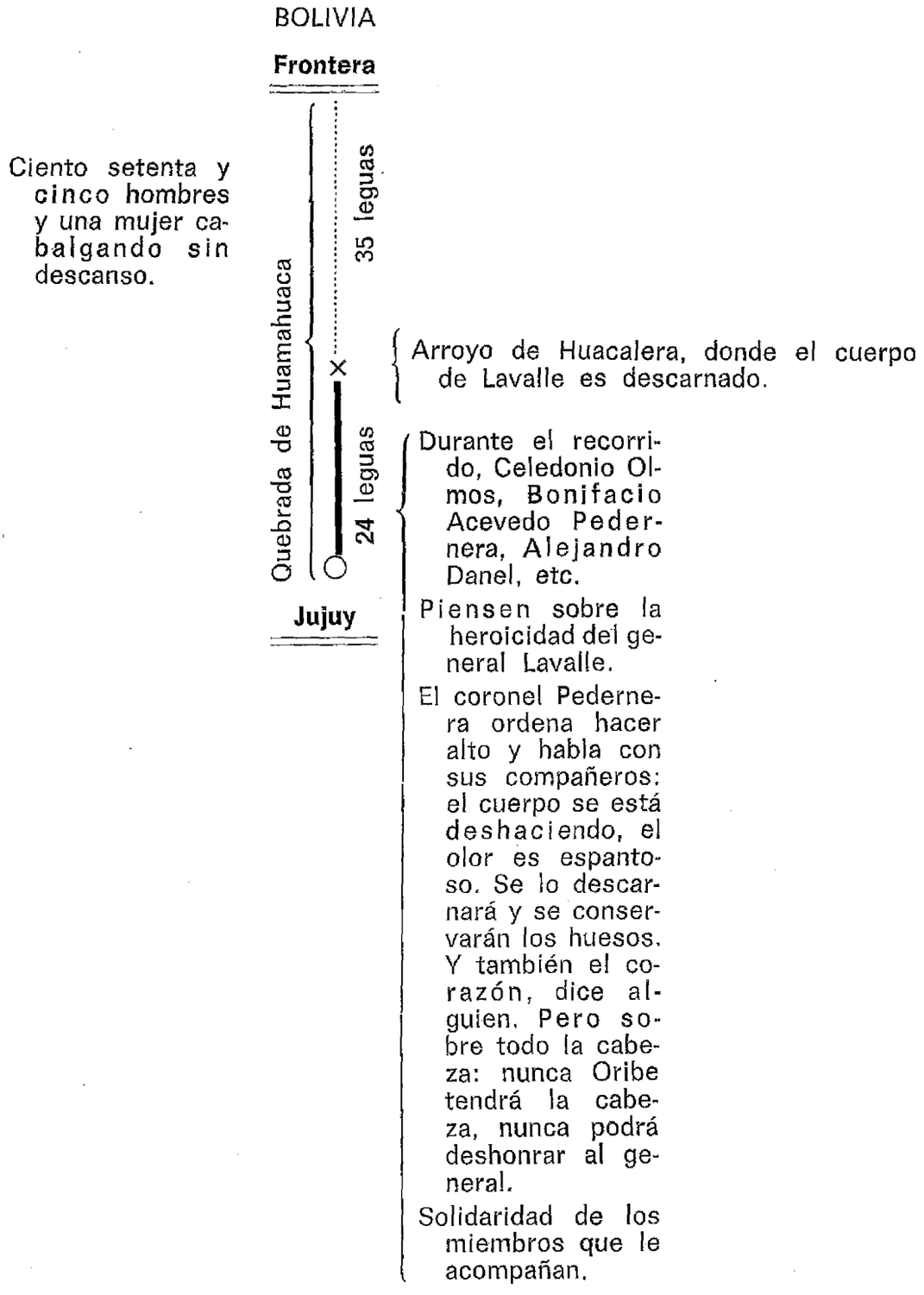
1.° La terrible repercusión que tuvo para él el contenido del *Informe* y su trágico final (con lo que la problemática de Martín queda conectada a la de Fernando, o lo que es lo mismo el *Informe* al resto de la novela).

---

(10) Ocurrida en 1973. La novela fue publicada en 1968.

2.° La circunstancia de que en él se cumpliera el principio filosófico heideggeriano al que ya aludimos y que tiene su antecedente histórico en la época de la dictadura de Rosas. Aparece ejemplificado en la novela a través de la épica retirada de Lavalle.

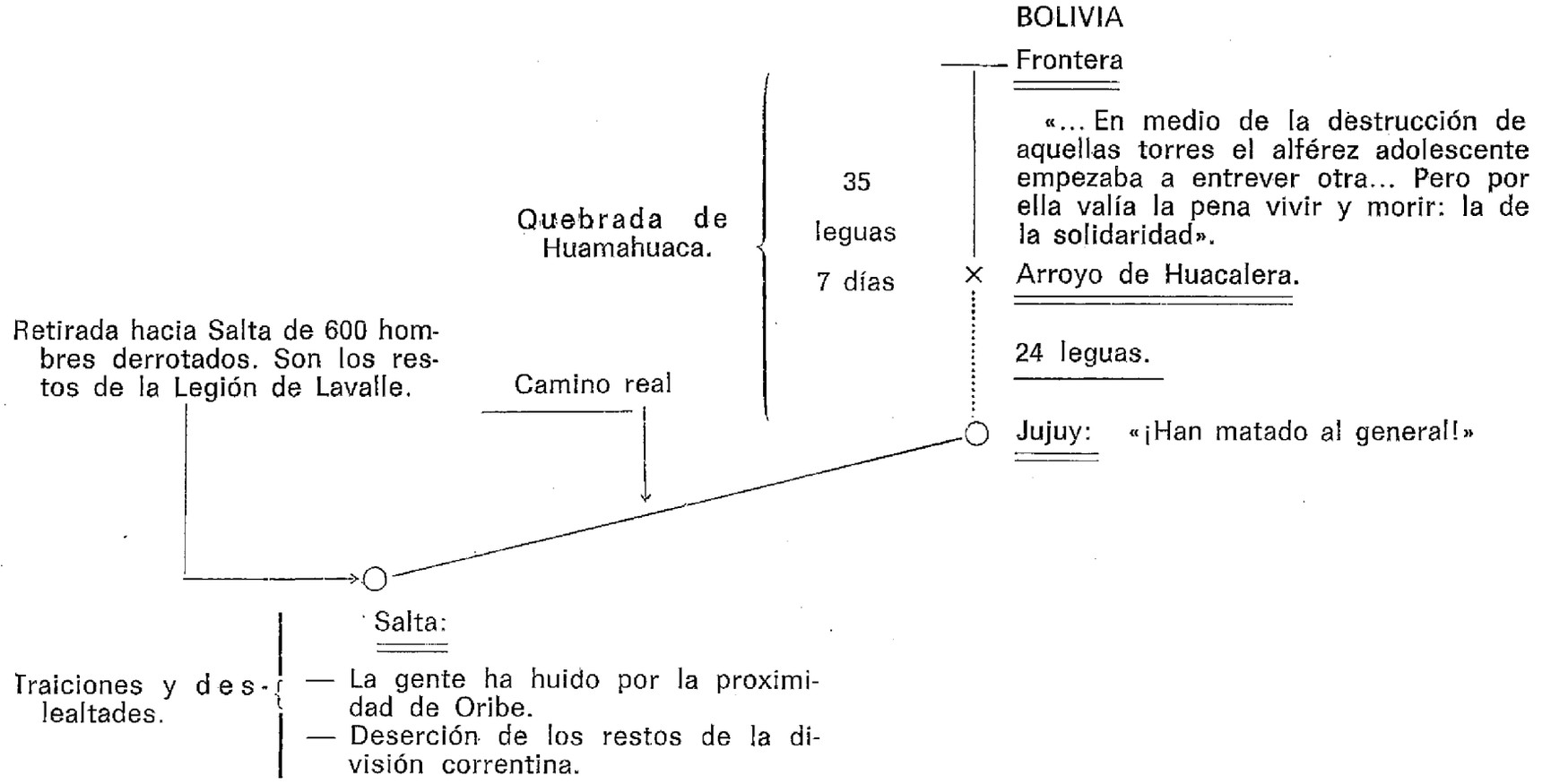
El episodio del fracaso de la legión de Lavalle permite al autor establecer un paralelismo entre el momento actual peronista y el momento que se reconoce unánimemente como el más negativo de la pasada



Estructura temática de la retirada de la legión de Lavalle. Capítulo XII (primera parte). El trazo continuo del esquema corresponde al camino recorrido en dicho capítulo.

ESTRUCTURA TEMATICA DE LA RETIRADA DE LOS RESTOS DE LA LEGION DE LAVALLE

Capítulos IV, V y VI (4.ª parte)



——— Las líneas continuas corresponden a los trayectos donde se suceden los contecimientos narrados en estos capítulos.

historia argentina, el de las guerras civiles y la dictadura de Rosas. De ahí el tratamiento destacado que tiene en la novela en relación con el resto de los otros períodos históricos mencionados.

El suceso de la retirada de los maltrechos restos de la legión de Lavalle aparece en la novela solamente en la primera y cuarta parte sin conexión aparente con el resto del texto e impreso en letra gótica o bastardilla.

Gráficamente puede sintetizarse de la forma anteriormente expuesta.

Como puede apreciarse el suceso no se narra linealmente. El abuelo de Alejandra, que es el narrador, evoca los acontecimientos según acuden a su memoria, recurso que permite destacar en cada una de las partes las dos conclusiones fundamentales para nuestra argumentación: en la primera la *solidaridad* para con el general de los hombres que le acompañan; en la segunda la *lección* que esta solidaridad supone para el miembro más joven de la expedición, el alférez Celedonio Olmos, y la esperanza que conlleva.

Veamos ahora en virtud de qué paralelismos ha desarrollado el narrador los acontecimientos históricos y los propiamente ficcionales, hasta el extremo de que podemos observar una auténtica repetición de las actitudes y comportamientos de los protagonistas del suceso histórico con los dos personajes destacados del presente de la narración, es decir, con Fernando y Martín, quienes ejemplifican el principio heideggeriano comentado y que hace referencia a la supervivencia de los valores a la muerte del individuo (11).

FERNANDO Y LAVALLE: HEROES CONTRAPUESTOS

Entre Fernando Vidal y el general Lavalle existe en la novela un paralelismo significativo que nos habla a la vez de una supervivencia de valores y de una contradicción en la manera de manifestarse, motivada esta última por el momento histórico-cultural diferente en que vivieron. Sábato lo ha dicho de otra manera:

> ... hay otro hecho que con este contrapunto —se refiere a la retirada de Lavalle— quería manifestar: la contradicción y a la vez la síntesis que en todo hombre hay entre lo histórico y lo atemporal (12), p. 21. *El escritor y sus fantasmas.*

El general Lavalle fue un héroe de la Independencia Americana al lado de Bolívar y San Martín y, posteriormente, de la lucha contra el

(11) Porque como dice Sábato: «la condición del hombre no se revela en abstracto, sino a través de las circunstancias concretas que en la existencia tienen lugar». *El escritor y sus fantasmas*, p. 188.

(12) *El escritor y sus fantasmas*, p. 21.

tirano argentino Juan Manuel Rosas, época a la que pertenece el episodio que recoge la novela.

Por si la historia no se recuerda, la imagen que del general invocan sus hombres no deja lugar a duda sobre su heroísmo. Piensan así mientras le ven cabalgar en retirada, envejecido, sucio y enfermo:

> Piensa Frías: «Cid de los ojos azules.»
>
> Piensa Acevedo: «Has peleado en ciento veinticinco combates por la libertad de este continente.»
>
> Piensa Pedernera: «Ahí marcha hacia la muerte el general Juan Galo Lavalle, descendiente de Hernán Cortés, y de Don Pelayo, el hombre a quien San Martín llamó el primer espada del Ejército Libertador, el hombre que, llevando la mano a la empuñadura de su sable, impuso silencio a Bolívar.»
>
> Piensa Lacasa: «En su escudo un brazo armado sostiene una espada, una espada que no se rinde. Los moros no le abatieron y después tampoco fue abatido por los españoles y tampoco ahora ha de rendirse. Es un hecho» (p. 682).

Que Fernando es un héroe es para nosotros algo indiscutible (13). El mismo lo reconoce cuando dice:

> ... Sí, de pronto me sentí una especie de héroe. Una especie de Sigfrido de las Tinieblas, avanzando en la oscuridad y en la fetidez con mi negro pabellón restellante, agitado por huracanes infernales» (p. 474).

Héroe al revés, antihéroe repugnante pero héroe contemporáneo al decir de Jopeph Cambel, quien observa como:

> ... en el pasado el héroe luchaba contra cosas externas a él mismo, mientras ahora el escenario de la lucha se desarrolla en la esencia misma del propio héroe. Ha cambiado el escenario de la batalla porque el individuo ya no encuentra significado por más tiempo en el grupo o en el mundo, como hacía en épocas anteriores cuando el hombre vivía en la ensoñación del mito. Los mitos que en un tiempo sustentaron al hombre han sido denunciados como mentiras, y por lo tanto la temática del descubrimiento, del significado de la existencia, descanda ahora en el individuo. Por eso, el héroe contemporáneo es el que se da cuenta «de que el enigma central a resolver está en el propio hombre y no en el mundo exterior» (14).

---

(13) Véase «Fernando como héroe», en *Sobre héroes y tumbas*, por Raymond D. Souza, «Hispania», mayo 1972, pp. 241-246.

(14) *The hero with a thousand faces*, New York, 1967, citado por Raymond D. Souza en el artículo anteriormente señalado.

En 1913 Jung comienza un experimento científico igual que el que Fernando lleva a cabo, es decir, un análisis de su propio inconsciente (15). La experiencia está contada años más tarde por el propio psiquiatra suizo (16) y en ella encontramos esa entrega apasionada en pos de un conocimiento científico, cuyo resultado creía de gran provecho para la humanidad. El esfuerzo que tuvo que hacer para lograrlo confiesa él que fue enorme. En ciertos momentos, llego a sentir verdadero pánico porque el peligro era grande: si la parte inferior de la personalidad, a la que él llama «Sombra», se hubiese llegado a identificar con su «yo», su personalidad se habría destrozado:

> Temía perder mi autocontrol y convertirme en víctima del inconsciente y lo que esto significa, me resultaba, como psiquíatra, suficientemente claro (17).

Y en otra ocasión:

> Mi ciencia fue el medio y la única posibilidad de salir de aquel caos. De lo contrario este material me hubiera aprisionado como lampazos o plantas de pantano (18).

Fernando no era un psiquiatra, ni estaba en posesión de unos conocimientos científicos sobre la psique humana que le hubiesen podido ayudar a no perderse en el caos del inconsciente, de ahí la lógica de su final negativo, como ya hemos reconocido.

La empresa era ardua y difícil como lo reconoce Jung:

> Me encontraba desamparado en un mundo extraño y todo me parecía difícil e incomprensible. Vivía constantemente en intensa tensión y me sucedía a menudo como si cayeran sobre mí enormes piedras. Una tormenta desencadenaba a otra. Que pudiera soportarlo era una cuestión de fuerza bruta. Otros se estrellaron aquí, Nietzsche y también Hölderlin y muchos otros. Pero había en mí una fuerza demoníaca y desde un principio estaba claro para mí que debía hallar el sentido de lo que experimentaba en las fantasías. La sensación de estar sometido a una voluntad superior, cuando hacía frente a las embestidas del inconsciente, era innegable... Si me hubiera abandonado por completo a mis emociones, lo más probable es que hubiera sido destrozado por las actividades del inconsciente. Quizá las hubiera podido separar, pero entonces habría caído irremediablemente en una neurosis, y finalmente, sus contenidos me hubieran destruido (19).

---

(15) Véase M. Gálvez en el «Informe sobre ciegos» (Destino psicológico y biológico). Anales de literatura hispanoamericana, VIII, Madrid, 1980.

(16) Carl Jung: «Recuerdos, sueños, pensamientos», pp. 178-207, Ed. Seix Barral, Barcelona.

(17) *Idem*, p. 186.

(18) *Idem*, p. 200.

(19) *Idem*, pp. 184-185.

Y así, cita tras cita, podríamos argumentar con testimonios directos la peligrosidad de la acción experimental que Jung llevó a cabo al «descender» a su propio inconsciente.

Las semejanzas entre la experiencia real de Jung y la de Fernando, son numerosas. Sobre todo referidas a los términos en que ambos se expresan y a las sensaciones que experimentan: «terribles catástrofes, sueños y visiones premonitorias», «desamparado en un mundo extraño», «fuerza demoníaca», «esperimento científico», «laberinto», «riesgo», «Sigfrido», «agitación interior», «identidad con el héroe», «profundidad», «pájaros», «miedo y pánico», «oscuridad», «puertas o cavidades dentro de los subterráneos», «sol rojo crepuscular», «corrientes de agua subterráneas», «sangre», etc., son términos que pertenecen a *El Informe* y la experiencia junguiana. Ambos señalan una fecha concreta para el comienzo: Fernando el verano de 1947, Jung el 12 de diciembre de 1913.

El heroísmo de Fernando no es brillante ni positivo por la índole de su investigación: «¿Cómo podría investigarse el mal sin hundirse hasta el cuello en la basura?» (20).

Aunque en otros términos también en Jung se observa esta actitud de héroe negativo o degradado. En un sueño el psicoanalista mata a Sigfrido, y ante tal suceso comenta:

> Experimenté gran compasión, como si hubiese disparado sobre mí. En ello se expresaba mi secreta identidad con el héroe, así como el sufrimiento que el hombre experimenta cuando es forzado a sacrificar su ideal y su actitud consciente. Pero había que dar fin a esa identidad con el ideal del héroe; pues exige algo más alto que la voluntad del yo y a lo cual hay que someterse (21).

Jung y Fernando se sienten identificados con el héroe Sigfrido, pero, en pos de algo superior a lo que el héroe tradicional representa, el primero lo mata y el segundo se ve identificado «al revés», forzados a sacrificar su ideal y su actitud consciente por la investigación altruista, que estaban llevando a cabo.

PARALELISMO INDIVIDUAL Y SOCIAL

Queda clara la semejanza de actitudes heroicas que vemos en Fernando y en Lavalle. Pero el paralelismo entre los dos personajes no acaba ahí. Un conjunto de circunstancias personales y sociales los acercan más todavía.

---

(20) *Sobre héroes y tumbas*, p. 447.
(21) Jung: *Ob. cit.*, p. 188.

En los cuadros temáticos que acompaño se observa fácilmente la semejanza que sostengo. Para aclararla y probarla suficientemente vayamos luego a los textos para que ellos no dejen lugar a dudas.

Esquema de las semejanzas de los héroes Lavalle y Fernando:

General Lavalle: Héroe histórico.

Circunstancias individuales:

— Búsqueda sin sentido «de algo».
— Fracaso.
— Loco en su apariencia externa.
— Orgulloso en apariencia externa.
— Errores sin culpa (muerte de Dorrego).
— Actitud maternal de la mujer hacia él.
— Inconstancia afectiva.
— Muerte violenta.

Circunstancias sociales:

— Tiranía.
— Muerte sin sentido entre hermanos (guerra civil).
— Desesperanza sobre la patria.
— Deserciones.

A pesar de todo: *Solidaridad y Esperanza* en algunos miembros que a él se vincularon, gracias a los cuales se salva.

Celedonio Olmos, que huye hacia el norte.

Fernando Vidal Olmos: Héroe de nuestro tiempo.

Circunstancias individuales:

— Búsqueda sin sentido de lo absoluto.
— Fracaso.
— Loco en apariencia externa.
— Orgulloso en apariencia externa.
— Error sin culpa (incesto).
— Actitud maternal de la mujer hacia él.
— Incapacidad afectiva.
— Muerte violenta.

Circunstancias sociales:

— Tiranía.
— Desunión entre hermanos (peronistas y antiperonistas).
— Desesperanza sobre la patria.
— Quiebra de valores.
— Bombardeos, incendios.

A pesar de todo: *Solidaridad y Esperanza* en algunos individuos de su entorno social gracias a los cuales se salva.

Martín del Castillo, que huye hacia el sur.

Todo lo referente a la vida y carácter de Fernando lo estudiamos extensamente en el trabajo dedicado al *Informe sobre Ciegos* en exclusividad. Sería innecesario y dificultoso resumir aquí lo que explicamos extensamente. Nos remitimos por tanto, en lo relativo a este apartado sobre Fernando, al trabajo ya citado anteriormente.

No obstante, apuntamos lo esencial de este personaje: Fernando lleva a cabo una búsqueda alucinada del origen del mal que finalizará en fracaso y en muerte. Una fe ciega y sin sentido en algo, impreciso y desorientador, es también precisamente lo que mueve la actuación de Lavalle en su retirada:

> Ahora marchan hacia Salta por senderos desconocidos, senderos que sólo ese baqueano conoce. Son apenas seiscientos derrotados. *Aunque él, Lavalle, cree todavía en algo, porque él siempre parece creer en algo, aunque sea,* como piensa Iriarte, como murmuran los comandantes Ocampo y Hornos, *con quimeras y fantasmas* [*667*]. (La cursiva es mía.)

A ambos, Lavalle y Fernando, se les creyó locos en alguna ocasión:

> Ochocientas leguas de derrotas. Ya no comprendo nada, y las malignas palabras de Iriarte le vuelven constantemente: *el general loco, el hombre que no sabe lo que quiere* (p. 674). Los comandantes Hornos y Ocampo vuelven a mirarse, y un solo y mismo pensamiento tienen: «Está loco» (p. 669).

De Fernando dice Bruno en cierta ocasión:

> Era lo que verdaderamente se llama o se puede llamar un alienado, un ser extraño a lo que consideramos, quizá candorosamente, «el mundo» [695].

Y otra vez comenta:

> La última vez que lo encontré por la calle... en que simuló no conocerme, o quizá no me vio, abstraído como iba, ya en el *último período de su locura* con los ciegos... (611).

También se les supuso orgulloso:

> Los comandantes Hornos y Ocampo piensan: «Lo mueve el *orgullo, su maldito orgullo,* y acaso el resentimiento hacia Paz. Y Bruno, refiriéndose al *Informe,* pensó que: «Quizá —significara— desesperados gritos de socorro, oscurecidos y disimulados por su jactancia y por su *orgullo*» [597].

El máximo error que Lavalle se reconocía haber cometido fue el ordenar el fusilamiento de Dorrego:

> Acaso he cometido grandes errores, y el más grande de todos, el fusilamiento de Dorrego... Aquella muerte fue un cáncer que me devoró en el exilio y después en esta estúpida campaña [244 y 669].

Pero justifica su error escudándose en su juventud y en el consejo de «los hombres con cabeza», «los doctores», que fueron quienes le obligaron, en cierta manera, a cometerlo:

> Sí, camaradas, esos doctores que me hicieron cometer un crimen, porque yo era muy joven, entonces, y creí de veras que hacía un servicio a mi patria... Tú, Danel, que estabas conmigo en aquel momento, sabes muy bien cuánto me costó hacerlo, cuánto admiraba yo el coraje y la inteligencia de Manuel... Y sabes también que fueron ellos, los hombres con cabeza, los que me indujeron a hacerlo, con cartas insidiosas... Fueron ellos. No tú, Danel, ni tú, Acevedo, ni Lamadrid, ni ninguno de los que tenemos más que un brazo para empuñar el sable y un corazón para enfrentar la muerte [669].

Fernando sabe también que ha cometido un delito que tiene que expiar —el de el incesto— y de hecho expía porque se somete voluntariamente a la muerte. Pero no reconoce su culpa porque no fue un acto voluntario. Respondía a una determinación física, puesta en evidencia durante su experiencia de autoanálisis y que ejecutó con independencia de su voluntad (22).

En relación con la mujer, ambos muestran facetas también semejantes: una inconstancia afectiva —o una incapacidad— que se traduce en cambios frecuentes de compañera.

Damasita Boedo era la muchacha que acompañó a Lavalle en su épica retirada. Pero también se habla de *Solana Sotomayor,* que abandonó al brigadier Brizuela por Lavalle [674] y de su auténtica mujer, *Dolores,* que el propio general recuerda en el último balance de su vida cuando «avanzan en su mente los rostros verdaderos y permanentes» [682-683].

Fernando eleva esta faceta a su máxima potencia. Numerosas mujeres se le conocen en su vida aunque Bruno piensa que no quiso más que a su madre Ana María [613].

Cierto tipo de mujeres se acercó a ellos maternalmente:

> Damasita Boedo, la muchacha que cabalga a su lado y que ansiosamente trata de penetrar en el rostro de aquel hombre que

(22) Véase M. Gálvez: *Ob. cit.*

ama, piensa: «General, querría que descansases en mí, que inclinases tu cansada cabeza en mi pecho, que durmieses acunado en mis brazos. El mundo nada podría contra ti, *el mundo nada puede contra un niño que duerme en el regazo de su madre. Yo soy ahora tu madre, general.* Mírame, dime que me quieres, *dime que necesitas mi ayuda* [682].

Georgina, dice Bruno refiriéndose a Fernando, lo defendía «*con maternal energía* cuando yo lo atacaba». «No imaginas cuánto sufre» me decía [631].

A veces, le contaba Georgina a Bruno, caía de la exaltación más violenta a la pasividad y a la melancolía más absolutas, «entonces se convertía ... —reconoce Bruno—, en el ser más indefenso y desamparado del mundo, *y como un niño pequeñito se acurrucaba sobre la falda de su prima*» [632].

CIRCUNSTANCIAS SOCIALES

En 1819 la primera constitución argentina establecía un régimen unitario y centralista de acuerdo con los deseos bonaerenses y en desarmonía con el sentir de las otras provincias que querían la idea federalista. Siguen años de anarquía. En 1920 surgen los caudillos representantes de sus provincias respectivas, pero muy populares entre la totalidad de la masa: Artigas, Estanislao López, Francisco Ramírez, Juan Facundo Quiroga. Todos ellos republicanos y federalistas, levantándose en armas contra el centralismo porteño. Fueron estos años de lucha entre el ser y no ser de la tierra argentina. La anarquía hizo que la totalidad de las provincias delegaran en la de Buenos Aires —la más rica y mejor comunicada geográficamente con el mundo— el manejo de las relaciones exteriores. Se dicta la constitución de la República de Tucumán que dura en vigor un año. Derribado en 1827 Bernardino Rivadavia, el primer presidente de las Provincias Unidas, con Buenos Aires como capital de la Nación, asumieron el poder los federales con el coronel Manuel Dorrego. Dorrego fue fusilado por orden del unitario Lavalle, que había asumido el mando tras una revolución, y el fusilamiento publicó una ola de indignación y gran confusión, de la que se aprovechó un joven caudillo rural: Juan Manuel de Rosas, para hacerse proclamar gobernador de Buenos Aires en 1829. Cuando finalizó su período era el *ídolo de las clases populares* y el mayor enemigo de la minoría culta y noble de la metrópoli bonaerense. En 1834 se une la última de la provincias argentinas en un pacto federal: 14 provincias en «unión indisoluble», provincias que habían ido

surgiendo a lo largo de las guerras civiles. En 1835 llega otra vez al poder Rosas. Es *dictador* hasta el año 1852, en nombre del partido federal, teniendo como propósito principal de su programa político destruir el partido unitario y terminar con la anarquía como «tirano ungido por Dios, para *salvar* a la patria». El general Justo José de Urquiza García le derriba en 1852, en Monte Caseros, tras *diecisiete años de dictadura* durante los cuales *guerras civiles, desunión, tiranías* y *despotismo,* asolaron a la nación argentina.

Rosas era apoyado por la mayoría del pueblo y a su caída desaparece el sufragio universal, salvo en las etapas de 1912 a 1930 y de 1945 a 1955 —época de Perón— (23).

Por lo tanto, tiranía, luchas civiles, desunión y terror forman el telón de fondo a la historia de la retirada de Lavalle.

Perón, de origen sardo y modesto, nació en 1895. Se licenció en la Academia Militar Nacional y posteriormente sirvió un tiempo como agregado militar de Argentina en Italia. Allá sorbió ávidamente las doctrinas fascistas y la histriónica retórica de Mussolini, adoptando ideas de un nacionalismo apasionado y agresivo, junto con la idea de regeneración patriótica. De regreso a su país en 1940, estaba convencido de que él y sus coroneles adictos debían dar un golpe de estado para «*salvar*» a la nación (24).

En 1943, Perón con su camarilla subió al poder: desde el puesto de presidente del Departamento Nacional del Trabajo, inició una inesperada serie de reformas. Fue expulsado de sus cargos en 1945, arrestado y exiliado a una isla del Plata. Pero las manifestaciones de sus partidarios —los «descamisados»—, obligaron a ponerle en libertad y, tras unas elecciones, llegó a la presidencia en 1946, apoyado por una *gran mayoría popular.* Su régimen fue *dictatorial* y unipartidista, de forma que *el país quedó dividido en peronistas y no peronistas.* Utilizó el Tribunal Supremo e instituyó una severa legislación contra la traición, es decir, contra todo lo que no estaba de acuerdo con él. Cientos de ciudadanos fueron a la cárcel por «delitos políticos», y la actuación de la policía fue verdaderamente bárbara. En la época de Rosas la «Mazorca», una milicia instituida para «detectar» ese mismo tipo de delitos, actuó de manera semejante. En 1955, fue derrocado.

Igual que con Rosas la dictadura de Perón fue tiránica para sus enemigos; la desunión, las rencillas, el miedo y la inestabilidad social y económica, vuelve a sumir a los argentinos en la época de Fernando.

---

(23) Véase el prólogo de M. Fraga Iribarne a «Las constituciones de la República Argentina», de Legon y Medrano.

(24) El proceso histórico que llevó a Perón al poder puede verse en el libro del profesor Sánchez-Barba.

A «Evita» Perón, suele equiparársela a Encarnación Ezcurra, mujer de Juan Manuel Rosas (25). Rosas hizo nacer la clase social de los ricos «estanciaros» que durante mucho tiempo dominó la vida política del país (26) y Perón, con sus reformas sociales, más demagógicas que reales, dio poder a la clase obrera, que vuelve a imponer su mayoría en las elecciones de 1973, después de dieciocho años de exilio de su líder político.

CELEDONIO OLMOS Y MARTIN DEL CASTILLO, PROTAGONISTAS DE UN HIPOTETICO FUTURO ESPERANZADOR: METAFISICA DE LA ESPERANZA

La lección histórica de Lavalle y la desesperada retirada de la legión maltrecha, sobrevive más allá de la desaparición total de sus miembros. Años después, la lección de esperanza y solidaridad que los miembros de la legión en retirada, legaron a la posteridad, se volverá a ejemplificar, permitiendo nuevamente que un hombre se salve del caos de una época, y de una sociedad en descomposición.

Dos muchachos sencillos de la misma edad —diecisiete años—, serán los protagonistas de esta supervivencia. El alférez Celedonio Olmos, tatarabuelo de Alejandra, y Martín del Castillo, sobrevivieron a las tragedias y de su respectivas épocas, gracias a la solidaridad y a la esperanza de un mínimo grupo de individuos, así como a la actitud heróica de dos hombres que con sus acciones lo hicieron posible.

Ya hemos visto las semejanzas de los héroes Lavalle y Fernando, tanto social como individualmente. Ellos, con su temeraria locura, motivaron las actuaciones de los restantes miembros. De todos ellos el más directamente vinculado con Fernando será Martín, así como lo fue el joven alférez Celedonio con Lavalle. No obstante, ellos son los protagonistas de esta supervivencia de valores, seguramente porque su poca edad no había permitido que finalizase en su espíritu la acción devastadora de su respectivo medio ambiente.

Ellos constituyen lo que Sábato ha llamado «metafísica de la esperanza», porque Martín, que tras la muerte de Alejandra se había vuelto a sumir en la más auténtica y total desesperación y soledad, es capaz de reaccionar y como el alférez Celedonio Olmos «empezó a entrever una torre. Una sola. Pero por ella valía la pena vivir y morir»: la de la solidaridad humana. Gracias a ella, la esperanza del futuro volvió a renacer como en aquellos momentos fugaces de felicidad con Alejandra.

---

(25) «Las veinte jóvenes americanas», de Marcel Neidergang. Ed. Rialp, p. 175.
(26) *Idem*, pp. 200-201.

El paralelismo entre los dos muchachos, ejemplares incontaminados de sus respectivos momentos históricos, es tan manifiesto en su conclusión —la salvación por la huida— que la mayoría de la crítica lo ha señalado. Pero, lo que no ha sido observado, es la minuciosidad con que está trazado el principio al que responde. Veamos el paralelismo, o mejor la auténtica repetición de sus respectivas actitudes.

Lo soledad en que se encuentran ambos jóvenes, la desmoralización y la pérdida del sentido de la existencia son radicales y semejantes:

> El alférez Celedonio Olmos está luchando sobre su caballo para retener sus dieciocho años, *porque siente que su edad está al borde de un abismo y puede caer en cualquier momento en grandes profundidades, en edades inconmensurables, y está luchando por defender esas torres de su adolescencia, aquellas palabras refulgentes que con sus grandes mayúsculas señalan las fronteras del bien y der mal, aquellas guardias orgullosas del absoluto. Porque después de ochocientas leguas de derrotas y deslealtades, de traiciones y disputas, todo se ha vuelto turbio.* Y perseguido por el enemigo, sangrante y desesperado, sable en mano, ha ido subiendo uno a uno los escalones de aquellas torres en otros tiempos resplandecientes, y ahora ensuciadas por la sangre y la mentira, por la derrota y por la duda. *Y defendiendo cada escalón mira a sus camaradas, pide silenciosa ayuda a quienes están librando combates parecidos* (27).

Semejantes sentimientos tiene Martín a quien:

> Le pareció *estar ingresado en un sueño* como en aquella noche en que con Alejandra entraron en la misma habitación; sueño, ahora, *ahondado por el fuego y por la muerte... Y empezó a ambular lentamente, como un cuerpo sin alma y sin piel, caminando sobre pedazos de vidrio y empujado por la multitud implacable. Caminaba sin ver a su alrededor, mientras restos de pensamientos eran nuevamente fragmentados por violentas emociones, como edificios destruidos por un terremoto que son sacudidos por nuevos temblores.*
>
> Tomó un ómnibus y *la sensación de que el mundo no tenía sentido se le presentó con mayor fuerza:* un ómnibus que corría con tanta decisión y potencia, hacia alguna parte que a él no le interesaba un mecanismo tan preciso, técnicamente tan eficaz, llevándolo a él que *no tenía ningún objetivo ni creía ya en nada ni esperaba nada ni necesitaba ir a ninguna parte; un caos transportado* por horarios exactos, tarifas, cuerpos de inspectores, ordenanzas de tránsito [666 y 673-74].

Pero el ejemplo de muchos de los seres que les rodeaban en esos trágicos momentos fue dejando huellas en ellos:

---

(27) Páginas 667-668. La cursiva de esta cita y las siguientes es mía.

Cuando el escuadrón correntino desertó de las filas de Lavalle, el alférez Celedonio Olmos observa el estado de desesperanza en que quedaron sus compañeros y a pesar de ello, cómo reaccionaron:

> «Ahora todo se ha perdido.» Sólo les queda esperar la muerte, al lado de su jefe. Y cuando Lavalle les dice: «Resistiremos, verán, haremos guerra de guerrillas en la sierra», ellos permanecen callados mirando hacia el suelo. «Marcharemos hacia Jujuy por el momento». *Y aquellos hombres que saben que ir hacia Jujuy es desatinado, que no ignoran que la única forma de salvar al menos sus vidas es tomar hacia Bolivia, por senderos desconocidos, dispersarse, huir, responden: «Bien, mi general.»* Porque, ¿quién ha de ser capaz de quitarle los últimos sueños al general niño? [670].

O en otra ocasión, cuando las noticias que trae el ayudante Lacasa, vuelven a resultar desesperanzadoras:

> ¡Y las noticias del ayudante Lacasa!, piensan Pedernera, Danel y Artayete y Mansilla y Echegüen y Billinghurst y Ramos Mejía. *Pobre general, hay que velar su sueño, hay que impedir que despierte del todo* [681].

Y ahí llega Lacasa, reventando caballos para decirle lo que todos ellos saben. Así que, *no se acercan, no quieren que el general advierta que ninguno de ellos se sorprende del informe.* Y desde lejos, *apartados, callados, con cariñosa ironía, con melancólico fatalismo, siguen aquel diálogo absurdo, aquel informe negro:* «todos los unitarios han huido hacia Bolivia» [681].

E incluso, ya muerto el general, dice el coronel Pedernera: «Oribe ha jurado mostrar la cabeza del general en la punta de una pica, en la plaza de la Victoria. *Eso nunca había de suceder, compañeros.* En siete días podemos alcanzar la frontera de Bolivia, y allá descansarán los restos de nuestro jefe» [685]. «... Y cuando el día amanece, reincidían la marcha hacia el norte... Ciento sesenta y cinco hombres, galopando furiosamente durante siete días por un cadáver» [689].

Por su parte Martín ha encontrado casualmente a una mujer, Hortensia Paz, de quien también recibirá la misma lección de esperanza y solidaridad:

«... Se descompuso. Entonces les dejé que le trajeran acá. Martín enrojeció e intentó incorporarse. Pero ella lo retuvo. *Espere un momento, quién le corre.* Quizá, ella, lo comprendió porque dijo: *Yo también, no vaya a creer.* Vaciló un momento. *Pero al menos ahora tengo trabajo acá y puedo tener al nene conmigo. Hay mucho trabajo, eso sí, pero tengo esta piecita y puedo tener al nene.* ... Y luego... —dijo, sin levan-

tar la vista— *hay tantas cosas en la vida.* Levantó su mirada y nuevamente encontró la expresión de ironía en la cara de Martín. Y ella, volvió a emplear aquel tono de amonestación, mezclada a la compasión y al temor. *Sin ir más lejos, míreme a mí, vea todo lo que tengo.* Martín miró a la mujer, a su pobreza y su soledad en aquel cuchitril infecto. *Tengo al nene* —prosiguió ella tenazmente—, *tengo esa vitrola vieja con unos discos de Gardel; ¿No le parece hermoso «Madreselvas en flor» y «Caminito»?* Con aire soñador, comentó: *Nada hay tan hermoso como la música, eso sí.* Dirigió una mirada al retrato en colores del cantor: desde la eternidad, Gardel, deslumbrante con su frac, también parecía sonreírle. Luego, volviendo hacia Martín, prosiguió con su censo: *Después están las flores, los pájaros, los perros, que sé yo...* Casi con estusiasmo, dijo: *¡Es tan lindo vivir! Mire, niño: yo tengo veintiocho años, y ya me da pena porque un día tendré que morirme.* Martín la miró, había creído que tenía cuarenta años.

Cerró los ojos y quedó pensativo. La mujer creyó que volvía a sentirse mal, porque se acercó y nuevamente le puso la mano en la frente. Martín volvió a sentir aquella mano cubierta de callos. Y Martín comprendió que, tranquilizada, en una pequeña, aquella mano permanecía un segundo más torpe, pero tiernamente, en una pequeña caricia tímida.

Abrió los ojos y dijo: *Me parece que el té me ha hecho bien.* La mujer pareció sentir una extraordinaria alegría» [686-687].

Los dos muchachos aprovecharon la lección. Primero el alférez Celedonio Olmos y luego Martín al igual que aquél, reaccionaron a su pesimismo y supieron entrever, más allá de su soledad, la esperanza y la fe en un futuro comunitario:

«... *Nunca Oribe tendrá la cabeza» le ha dicho el sargento Sosa. Así que en medio de la destrucción de aquellas torres, el alférez adolescente, empezaba a entrever otra: refulgente, indestructible. Una sola. Pero por ella valía la pena vivir y morir*» [689-690].

Y Martín, tras la caricia de Hortensia Paz:

«Se quitó el anillo que llevaba en el dedo meñique, regalo de su abuela. Le regaló este anillito. La muchacha se puso colorada y se negó. *¿No me dijo usted que en la vida hay alegrías?* —preguntó Martín—. *Si me acepta este recuerdo tendré una gran alegría. La única alegría que he tenido en el último tiempo.* ¿No quiere que me ponga contento? Hortensia seguía vacilando. Entonces, se lo puso en la mano y salió corriendo» [688].

Y además:

«Como había dicho Bruno una vez: *La guerra podía ser absurda o equivocada, pero el pelotón al que uno pertenecía, era algo absoluto.*

Estaba D'Arcangelo, por ejemplo. Estaba la misma Hortensia.

Un perro, basta» [688].

Esperanza en un mañana mejor y solidaridad para conseguirlo. Solidaridad sabiéndose argentinos:

«—Qué grande es nuestro país, pibe...

Y entonces Martín, contemplando la silueta gigantesca del camionero contra aquel cielo estrellado mientras caminaban juntos, sintió que una paz purísima entraba por primera vez en su alma atormentada» [701].

Y solidaridad a través del sufrimiento y la frustración: «... todos sabemos que ese hombre —un rengo, un hombre que le faltan los dos brazos, etc.— es un desamparado total, y en ese mismo moento, cosa curiosa y paradójica, empieza a serlo menos pues lo vemos, lo advertimos, sufrimos mucho por él...» [711, apéndice].

Ambos marchan hacia una soledad todavía más absoluta. Martín hacia la helada y desértica Patagonia, y Celedonio la siente así tras cruzar la frontera y dejar atrás su país. Ya no era necesario huir, había conseguido la tan deseada paz tras tantos años de derrotas, pero «una paz, sin embargo, tan desolada como la que reina en un mundo muerto, en un territorio arrasado por la calamidad recorrido por silenciosos, lúgubres y hambrientos caranchos» [699].

Según Murena es necesario para el hombre americano afrontar voluntariamente la soledad, que es parte integrante de su ser, para poder posteriormente realizarse en una existencia plena: «Nuestro mundo, nuestro presente y nuestro obstáculo, es la soledad; por eso, es preciso enfrentarla. Sólo frente a ella, obtendremos la libertad, esto es, existiremos, esto es, haremos arte y no artificio; sólo viviéndola alcanzaremos el arte nacional que nos vedamos mientras escapemos por la puerta fácil del nacionalismo, del pasado; sólo padeciéndola, comenzaremos a triunfar sobre ella, a ser nosotros» (28).

Este parece ser el mensaje simbólico que Sábato ha querido dar a sus compatriotas, al escoger la Patagonia como lugar de salvación para Martín. La soledad, libremente afrontada, la meditación sincera con uno mismo, el reconocer como únicos problemas fundamentales del ser humano los que dimanan de su condición como tal, eso es lo

(28) H. A. Murena: *El pecado original de América*, p. 75.

necesario para salvarse de este caos en que está sumido su pueblo argentino y nuestra común civilización.

Olvidémonos de los bienes materiales, de las necesidades torpemente adquiridas. Huyamos hacia lo natural, lo primitivo, lo no contaminado, y ayudémonos unos a otros, para que esta utopía pueda llegar a ser posible.

También entre Celedonio Olmos y Martín existe a la vez que una supervivencia de valores, una contraposición en la manera de ser puestos de manifiesto:

Celedonio huye hacia el norte. Martín lo hace hacia el sur. Celedonio va hacia el calor. Martín hacia el frío. Celedonio pertenecía a la oligarquía enriquecida. Martín es pobre. Celedonio en su desesperanza, busca refugio en el recuerdo de su niñez y en el de su madre [674]. Martín no tiene ni siquiera esa ayuda.

Igual ocurría con Fernando y Lavalle; las circunstancias accidentales de ambos personajes son contrarias, a pesar de su paralelismo esencial.

En consecuencia, Sábato se muestra a través de su obra de ficción absolutamente pesimista en relación al hombre como forjador de su propio destino, porque niega la existencia de la libertad que se lo posibilite: Fernando patentiza que no existe la libertad biológica y psicológicamente hablando, como ya dijimos. Y Martín también evidencia su falta al mostrarse condicionado, si no determinado, a la existencia o inexistencia de unos valores transmitidos a través de la historia. Para Sábato el hombre hoy no es un hombre libre porque la libertad que ha conquistado a lo largo de la historia es una libertad negativa que le lleva a otro estado de mayor sometimiento, que es en el que nos encontramos. El hombre hoy ha conseguido la libertad externa, pero no es capaz de realizar su individualidad porque ha sido a costa de perder su «yo».

(El pensamiento de Sábato en este punto es coincidente con el de E. Fromm en *El miedo a la libertad.)*

MARINA GALVEZ ACERO

Parque de la Colina, 16, 3.° E
MADRID-27